

ORANDO CON LA PALABRA

(23º Domingo. Tiempo ordinario)

“ Mucha gente acompañaba a Jesús, él se volvió y les dijo : “Si alguno se viene conmigo y no pospone a su padre y a su madre, y a su mujer y a sus hijos, y a sus hermanos y a sus hermanas e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quien no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío. Así ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla?. No sea que, si echa los cimientos y no puede acabarla, se pongan a burlarse de él los que miran , diciendo: “ Este hombre empezó a construir y no ha sido capaz de acabar”. ¿O qué rey si va a dar la batalla a otro rey, no se sienta primero a deliberar si con diez mil hombre podrá salir al paso del que le ataca con veinte mil?. Y si no, cuando el otro está todavía lejos, envía legados ara pedir condiciones de paz. Lo mismo vosotros, el que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío”.

(Lc. 14,25-33)

La Palabra, siempre nueva, nos sigue acompañando, iluminando, nos va abriendo al encuentro silencioso, transformador, con el Señor. La Palabra, en este fragmento del evangelio de Lucas, nos vuelve a recordar que, seguir a Jesús, no puede reducirse a formar parte de su grupo sin más implicaciones que las institucionalizadas, las rutinarias.

Seguirle, significa vivir a su aire, a su estilo, con su disponibilidad, con su hondura. Significa descentrarse de uno mismo para centrarse en Jesús, para vivir como Él hasta el límite, la entrega y el servicio a los otros.

Ser discípulo de Jesús, supone que la propia vida, queda orientada por las prioridades de Jesús y su Reino. Supone **renunciar** , si es necesario, a los propios vínculos personales, por ir creando lazos, puentes, tejido vital que vaya haciendo fraternidad , familia universal.

Dejemos que la Palabra nos toque el corazón, dejémosla que actúe dentro, que nos provoque, que nos cuestione, que nos transforme. Que sea desde la Palabra, desde donde nos planteemos qué priorizar y cómo en nuestra vida personal y colectiva, para vivir y anunciar el Reino. Y que, desde esa Palabra, nos vayamos dejando introducir en el proceso de desarraigo que nos libera, nos centra, nos unifica, en el proceso en el que, renunciar es volar en libertad.

ORACIÓN

De nuevo, Señor,
haciendo el silencio, me abro a tu Palabra.
Tu Palabra,
que es siempre
presencia cercana,

que me serena y me alienta,
que se adentra
en mi carne y mis sentimientos,
que me acompaña
en mi camino personal hacia el encuentro
con mi verdadero ser,
ese ser, que Tú sueñas
cuando sueñas conmigo.

Y tu Palabra, Señor,
hoy vuelve a repetirme
que seguirte a ti, elegir tu camino
y tu forma de vivir,
requieren siempre, renunciar.

Porque seguirte, es vivir
eligiendo como Tú,
priorizando como Tú,
proyectando como Tú,
apostando como Tú.
Y no se elige, se prioriza,
se proyecta, se apuesta
sin renunciar.
Seguirte, Señor,
es vivir renunciando.

¡Hazme, Señor!
lúcida y honrada
para descubrir y discernir
qué he de ir priorizando
en los distintos momentos de mi vida,
qué valores, qué sentimientos,
qué adhesiones, qué cambios, qué decisiones,
he de vivir...

Que tu Palabra
vuelva a ser luz en mi camino,
para discernir qué he de priorizar
por qué y cómo.
Haz, Señor, que sepa renunciar
a la seguridad incuestionable
en mis propios criterios,

al temor a contrastar
con otras percepciones,
con otros modos de pensar y actuar,
Que renuncie, Señor,
al juicio sin objetividad
que rechaza o ignora
lo que no coincide con mis sentimientos,
mis ideas, mis preferencias.

Que descubra y viva
en el acontecer cotidiano,
que renunciar implica
olvidarse de uno mismo,
de sus propios deseos,
de sus vínculos afectivos
a personas, espacios, lugares,
si las necesidades de los otros
y el compromiso por el Reino,
lo requieren.

Que sepamos renunciar
al egoísmo, la indiferencia o la pasividad
personales y colectivas,
que nos hacen mirar para otro lado,
y no comprometernos
en gestos y acciones concretas,
ante las situaciones dolorosas e injustas
que sufren nuestros hermanos más débiles.

Renunciar es,
saborear la Presencia,
sentirse miembro vivo
de un Proyecto unificador
que hermana hombres y tierra,
y dejarse conducir hacia él,
desde el silencio,
el desarraigo,
el vacío pleno.
Hazme descubrir, Señor,
que renunciar,
es volar en libertad.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

